

BRADING, D.A. *The First America. The Spanish monarchy, Creole patriots, and the Liberal state (1492-1867)*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991. xviii, 761 p.

Esta nueva obra de David A. Brading, de alcance sumamente ambicioso, recoge y amplía las investigaciones que el historiador inglés ha realizado en las últimas décadas sobre los orígenes del nacionalismo en México y la incidencia de elementos míticos y proféticos en la historia de dicho país. Aparece justo veinte años después de la publicación de *Miners and merchants in Bourbon Mexico*, estudio con que el profesor de la Universidad de Cambridge se hizo inicialmente conocido en el gremio historiográfico. El reciente y macizo trabajo constituye una indagación de largo aliento en el campo de las ideas políticas, centrada en el proceso a través del cual los criollos o “españoles americanos” gestaron y definieron su propia identidad nacional.

Una esmerada prosa, rica en comparaciones y figuras retóricas, y una gran solidez en los juicios caracterizan al volumen que reseñamos. Brading ha limitado deliberadamente las referencias a piezas de bibliografía secundaria (estudios modernos relativos al tema) con el fin de resaltar la extensa colección de textos históricos —tratados, crónicas, memoriales, relatos de viaje y otros— que significan su objeto central de atención. Con todo, es lástima que no conozca (o no mencione) ninguno de los trabajos de Bernard Lavallé, investigador francés que en numerosas publicaciones ha analizado precisamente la formación de la conciencia criolla en el Perú virreinal.

*The First America* pasa revista a la vida y obra de una larga serie de autores representativos de Hispanoamérica desde la época de la conquista hasta mediados del siglo XIX. El lector quedará cautivado con la animada exposición que se ofrece, por ejemplo, de las tempranas relaciones de Colón, Vespuccio y Cortés, las crónicas de Oviedo, Gómara y Díaz del Castillo, los alegatos pro-indígenas de Las Casas y Motolinia, las reivindicaciones de Guaman Poma, las aproximaciones etnográficas de Sandoval, Acosta y Gregorio García, los tratados jurídicos de León Pinelo y Solórzano, las historias criollistas de Garcilaso y Torquemada, las crónicas conventuales de Salinas, Calancha y Meléndez, las composiciones barrocas de Sigüenza y Góngora, Sor Juana Inés y Peralta Barnuevo, los anales regionales de Arzáns, Esquivel y Navia, Ignacio de Castro y Juan de Velasco, las disquisiciones filosóficas de Pauw, Robertson y Raynal, los proyectos reformistas de Campomanes y Jovellanos, las observaciones de viaje de Humboldt, los ensayos políticos de Viscardo, Vidaurre

y Bolívar, las apreciaciones literarias de Sarmiento y Prescott y los escritos de los liberales mexicanos Mora, Ramírez y Altamirano.

El libro comienza fijándose en las peculiaridades de la conquista española de América, acontecimiento que dio lugar a una profusión de elegantes narraciones y épicas poesías, muchas de las cuales figuran entre los clásicos de la literatura hispánica. El apóstol de los indios, Las Casas, promovió luego un gran debate en torno a la naturaleza de los aborígenes y su tratamiento por parte de los colonizadores, que levantó encontradas argumentaciones de carácter etnológico y filosófico. Más tarde, a partir del gobierno del virrey Toledo en el Perú, se estableció la llamada “tradición imperial”; ésta implica —según Brading— una justificación del servicio personal de los indígenas y una apología de la monarquía castellana, aclamada como la elegida por Dios para instaurar un imperio católico en el Nuevo Mundo.

A comienzos del siglo XVII surgirá, por oposición a la corriente imperialista, la tradición del patriotismo criollo. Su base radica en un cierto sentimiento de desposesión entre los descendientes de los conquistadores, que se rebelan contra la primacía social de los peninsulares y evocan nostálgicamente tanto la época heroica de la conquista como la grandeza exótica de las civilizaciones precolombinas. Sus expresiones literarias más notables son los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso y la *Monarquía indiana* de Juan de Torquemada, misionero franciscano de la Nueva España. Una serie de crónicas conventuales y de manifestaciones religiosas a lo largo de aquella centuria (que coincide con la floración de santos limeños) servirán para articular la toma de conciencia de la embrionaria identidad criolla.

Pero hubo importantes diferencias regionales en la manera como los criollos asumieron su propia identidad nacional o patriotismo. Mientras en el virreinato peruano primó la dispersión entre los focos urbanos de Lima, Cuzco, Chuquisaca y Quito, en México se dio una concentración de identidades en torno a la antigua capital azteca y el culto a la Virgen de Guadalupe; era un sentimiento patriótico claramente fundado en mitos y símbolos religiosos e históricos. Es por ello que en México resultaron más fuertes las demandas de autonomía política de los criollos en la fase de la Emancipación, cuando ocurrió la ruptura de la monarquía absoluta en España y los pensadores europeos ilustrados se dedicaron a revitalizar algunos aspectos de la tradición imperial, incluyendo el menosprecio a los nativos de América.

Interesa observar que el criollismo era una ideología plagada de contradicciones internas: los descendientes de españoles querían distanciarse fi-

sicamente de la sociedad indígena pero al mismo tiempo glorificaban su pasado, guardaban enemistad hacia los inmigrantes de la metrópoli pero al mismo tiempo mantenían su dependencia política. En realidad, advierte Brading, el patriotismo criollo fue más el instrumento de una clase que de una nación (p. 322). Esto se hace evidente sobre todo en el caso del Perú, donde la élite criolla se mostró remisa en asumir el pasado indígena, porque la presencia de los descendientes de los incas —una suerte de élite subalterna— le quitaba a la historia del Tawantinsuyu el carácter mitológico y le daba a la situación ciertos visos de rivalidad étnica y social.

Con la guerra de la independencia hispanoamericana, el patriotismo criollo se transformó finalmente en arma política. Por un lado, con los postulados constitucionales de Bolívar, derivó en una ideología adicta al republicanismo clásico. Por otra parte, en México, se convirtió en un nacionalismo insurgente y de firmes convicciones católicas que mantuvo su vigencia hasta el movimiento de reforma liberal encabezado por Benito Juárez. De acuerdo al planteamiento de Brading, el ocaso de la identidad nacional criolla —rezago evidente de la sociedad colonial— se ubica simbólicamente en 1867, con la instalación definitiva de Juárez en el poder, tras la aniquilación del régimen imperial de Maximiliano.

Es cierto que la última parte del libro enfoca casi exclusivamente la evolución ideológica y política en el México decimonónico. Sin embargo, la obra acierta a cumplir el objetivo trazado explícitamente por el autor: demostrar que, pese a la dependencia de patrones europeos en el arte, la literatura o la cultura en general, hubo una serie de escritores y personajes “criollistas” en Hispanoamérica que lograron crear una tradición intelectual y política, comprometida con la experiencia histórica y la realidad social de este continente, que fue original, idiosincrásica, compleja y distinta de cualquier modelo europeo. En esta obra de madurez David A. Brading aporta, con singular maestría, los elementos para comprender la gestación y el destino del patriotismo criollo. Por muchas razones *The First America* permanecerá, sin lugar a equivocación, entre los clásicos de la historia de las mentalidades en América latina.

*Teodoro Hampe Martínez*